

IX

EL RÍO VIEJO

EL RÍO VIEJO

De sobremesa en el espléndido comedor del Casino de Madrid, donde celebrábamos los días de Fernando Arévalo, haciendo planes para el veraneo que empezaba y contando sucesos de los anteriores, dijo Luis Carvajal:

—Una de las cosas que más me gustaban en Pedrosa la primera vez que éste (señalando hacia mí) me llevó con él á pasar allí la temporada de verano, era una hermosa alameda que se extendía al Sudeste de la población, desde la calzada hasta la iglesia.

La oía llamar el «río viejo», y no dejaba de extrañarme el nombre, porque, á la verdad, no tenía aquello trazas de haber sido río; pero cuando se me ocurría preguntar la razón de aquel nombre, no tenía á quién, y cuando tenía á quién preguntar, no me acordaba.

Una mañana que estaba éste muy entretenido con unos pobres labradores que le con-

sultaban sobre una partición de bienes dificultosa, le dejé hablando con ellos del quinto y de la carta dotal y de los gananciales, me salí de casa solo, atravesé la plaza, cogí luego una calleja que iba hacia el campo, y pasando la presa del *Tollo* por una pontiga de tablonés, me encontré en la alameda susodicha.

Pasaba entonces la vecería de las ovejas; y al ver que éstas se retrababan paciendo con codicia entre los árboles, donde había una hierbecilla muy verde, me dirigí hacia donde se había parado haciendo media el pastor, que era un viejín apergaminado y alegrete, vestido de sayal, con unos zajones rojos de pellejo de cabra por delante, y unas angorras en las piernas y un zurrón á la espalda, de lo mismo.

—Buenos días—le dije, tratando de entrar en conversación con él.

—Santos y buenos—me contestó afablemente, aunque sin suspender su tarea.

Luego le dije sacando la petaca:

—¿Fuma usted, buen amigo?

—Ji, ji, ji... Así me llaman, sí, señor, así me llaman...—me contestó riéndose.

Después supe que le llamaban de mote *Don Digo*, y como estaba un poco sordo, había entendido que yo le llamaba por el mote, choncándole que hubiera llegado tan pronto á mi noticia; mas en aquel momento lo que me

figuré fué que no me había entendido, y le repetí un poco más alto:

—Digo que si fuma...

—¡Ah!... No suelo fumar—me contestó,—porque la soldada es corta y no da para sostener el vicio; pero gustar, bien me gusta.

—Tome usted—le dije dándole un cigarrillo.

—Muchas gracias, señor; Dios se lo pague.

Y añadió poniéndose el cigarro tras de una oreja:

—Este le fumaré luego sosegadamente en el sestil...

—No, hombre, fúmele usted ahora: para el sestil yo le daré á usted otro—le dije alargándole los tres ó cuatro que me quedaban en la petaca.

—Muchas gracias—volvió á decir el pastor con risueño semblante.

Y dejando de hacer media, sacó de un bolso del chaleco una veta de yezca, una piedra de lumbres y una navaja, muy acostumbrada á hacer de eslabón, según lo gastada que estaba por la cota, chiscó tres ó cuatro veces, prendió la yezca, encendió con ella el cigarro y se puso á fumarle.

—Diga usted—le pregunté entonces, seguro ya de su benevolencia,—¿por qué llaman á esta alameda el río viejo?... ¿No la llaman así?...

—Sí, señor, así se llama, porque antes era río.

—Muy antes sería...; para haber cambiado tanto...

—Ya no fué ayer, es verdad; pero no crea usted tampoco que hace siglos, pues por aquí anda todavía quien lo vió con sus ojos.

—¡Ah!... ¿Usted conoció esto siendo río?

—Sí, señor, sí... Yo era todavía un rapaz, pero me acuerdo perfectamente de ver correr por aquí el río grande, que ahora va por el lado de allá de ese soto. Por aquí por donde estamos venía la fuerza del agua. Y ya ve usted: como estaban las casas tan cerca, en cuanto crecía algo y saltaba esa miaja de cervigal que se conoce ahí, había ya que andar á milagros... ¿Ve usted esa casa donde están esas señoras al balcón?... Pues ahí vivía un abogado, y debajo de la mesa del despacho, que estaba en el piso bajo, cogieron una vez una trucha de dos libras y otras tres ó cuatro más pequeñas... Conque figúrese usted cómo andaría la cosa...

—No andaría muy buena.

—Pues para evitar aquellos sustos pensaron los vecinos que lo mejor era hacer una barbacana de piedra de sillería desde aquel cotorrico de por cima de la iglesia, toda la orilla abajo hasta el caedizo del puente; y como era obra de mucho coste y la villa no podía hacerla por su cuenta, determinaron

acudir al rey para que la mandara hacer á costa del tesoro. Se le echó el memorial bien razonado, le informó favorablemente el Consejo Real, vino un señor arquitecto á formar el plano de la obra, todo en muy poco tiempo, porque aquí siempre hemos tenido buenas aldabas... Ya ve usted que esos tres puentes de piedra tan hermosos, uno en el río grande y dos en ese otro riachuelo de Valmanzano, y esa calzada tan larga, y esa iglesia tan alta, no se han hecho así como quiera... Y cuando ya no faltaba más que el decreto real mandando hacer la obra, y venían noticias de que iba á salir de un día á otro; en esto de si sale hoy, si sale mañana, verá usted...

—Vamos á ver, ¿qué sucedió?

—Pues sucedió que... había acá un señor que llamaban D. Cenón... yo no sé de qué, porque el apellido era muy revésado y no le recuerdo; el cual D. Cenón había venido nombrado Administrador del Real Alfolí de la sal, y no le dejaba la justicia avecindarse aquí porque no era noble...

Porque esta villa tenía un antiguo privilegio concedido por una reina que creo que la llamaban la Católica, en virtud del cual ningún forastero podía ser vecino en su concejo sin ser noble y probarlo... Y, así era que aquí no había más que nobles. Y mientras en otros concejos tenían unos vasos de plata por donde bebían los nobles en los convites públicos,

y otros de cuerno por donde bebían los plebeyos, que por eso se llamaban también *los de la cuerna prieta*, este conejo no tenía más que vasos de plata, porque los otros no eran necesarios...

Y, como le digo, siendo la nobleza una condición precisa para avvicindarse, los que venían de administradores del Alfolí, cuando eran nobles tenían que hacer las probanzas antes de tomar posesión de su cargo, y cuando no lo eran tenían que renunciar al empleo y marcharse con las orejas gachas. Pero aquel D. Cenón era muy testarudo y puso pleito á la villa por la vecindad; y como ya entonces nos habían llevado el rey á Francia y empezaban á introducirse las malas ideas, ganó el pleito injustamente y se salió con la suya de ser vecino.

Pero no se le olvidaba el feo que le habían hecho antes, y en venganza quería estorbar que se efectuara la defensa y aseguramiento de la villa, pues decía que estaba deseando que la llevara el río...

—Tan malas intenciones tenía, ¿eh?

—Sí, señor; las tenía endemoniadas, y era muy vengativo... Y con eso, fué y escribió allá á Madrid á un pariente que decían que estaba no sé si de apagaluces ó algo así en el Palacio Real y era el que le había sacado el empleo, y aquél se empeñó con un amigo suyo que era algo más persona, y éste con otro,

y el otro con otro, hasta que llegaron á uno que estaba ya muy bien arriba y tuvo ocasión de esconder el expediente... Y nada, que no parecía por ninguna parte.

Cuando vino la mala noticia de que el expediente se había perdido, figúrese usted cómo se quedaría la gente... Fué un desconsuelo. El alcalde juntó los vecinos en concejo y les dijo:

—Todo nuestro gozo metido en un pozo. Avisan de Madrid que el expediente de la barbacana no se encuentra por ninguna oficina... Conque á ver qué les parece á ustedes que se haga en este caso.

—No habrá más remedio que volver á empezar—dijeron algunos:—hacer otro expediente nuevo.

—No adelantaremos nada—replicaban otros.—El expediente no se podía perder. Si no parece es que le han hecho perdedizo... Ese hombre es muy malo—decían, por don Cenón,—y como nos lo ha entorpecido ahora, nos lo entorpecerá otra vez y... tiempo perdido... Lo mejor es remangarnos nosotros y echar el río por otro lado.

Oídos los distintos pareceres, prevaleció este último, de suerte que todos convinieron en poner manos á la obra, y se empezó á trabajar de hacendera un día y otro día. Primero

se hizo allá arriba, enfrente de la iglesia y en dirección hacia el otro lado, una zanja muy honda... Estrechica, eso sí, porque decían: ensanchar, ya la ensanchará el agua; la cuestión es que el río meta el hocico, que después él se abrirá paso... Por cierto que al tercero ó cuarto día de hacendera, cuando estaban los vecinos más afanosos haciendo la zanja, se presentó por allí D. Cenón, diciendo con sonrisa burlona y con aquella voz aguardentosa que tenía, porque se la habían echado á perder las borracheras:

—¡Así, así! Trabajar aprisa, que toda el agua que hagan ustedes salir por ahí la han de beber los mis pavos... Y lo que ellos dejen, su amo...

—Allá lo veremos —le dijo el alcalde, sin que nadie le contestara más. Y prosiguieron la obra.

Después que acabaron la zanja se pusieron á hacer una estacada cortando el río, no de frente, sino ahilándole desde muy arriba en derechura á la zanja, y empezaron por las dos orillas. Ponían dos filas de estacas, entretejían éstas con ramascos ó escobas, y el hueco de entre las dos filas, que era como de una vara de ancho, le llenaban de piedras. Al principio trabajaban sin dificultad; pero cuando por ambos lados llegaban ya cerca del medio del río y no quedaba más que un canalizo donde el agua llevaba mucha fuerza y

lo barría todo, apenas podían espetar las estacas y tenían que ir reforzando la estacada por detrás con cestos cargados de piedra... Al cabo una tarde consiguieron tender una viga larga de parte á parte, y apoyando contra ella las estacas y echando piedra y más piedra, lograron cerrar el canalizo aquél, con lo que comenzó en seguida á entrar el agua por la zanja.

—Esto merece un trago—dijo un vecino que era muy aficionado á la leche de cepas; y como otros muchos apoyaron la proposición, no tuvo la justicia más remedio que mandar traer vino.

Cuando lo estaban bebiendo sentados en la campera de la orilla del río, todos muy algazarosos y alegres de ver que al fin lucía el trabajo, pues el río iba ya todo abocado á la zanja y salía por ella un golpe de agua como para moler un molino, se le ocurrió á uno decir:

—Ahora podía venir D. Cenón con los pavos, á ver si entre él y ellos eran capaces de beber toda el agua que sale.

—¡Hombre, sí!—añadió otro;—vamos á avisarle que venga.

—¡Qué ha de venir!—replicaba otro.—Se meterá bajo siete estados de tierra, avergonzado de ver que han salido fallidos sus pronósticos.

Pero... ¡sí! ¡Bueno era D. Cenón para avergonzarse por nada!

No había acabado de decirlo, cuando hétele que se presenta por allí embozado en su capotilla, tan campante.

—Vamos, señor administrador—le dijo el fiel de fechos.—¿Viene usted á cumplir su palabra de beber el agua que sale por la zanja? Porque para los pavos parece algo mucha... ¡Anímese usted!...

—Hombre, no—contestó D. Cenón sin enfadarse y con una risilla que tenía muy ofensiva;—agua no me cumple. Si fuera vino, vamos... No digo que todo, pero con una buena parte sí me atrevía...

—Vino también le daremos á usted si gusta—le dijo el alcalde, por aquello de que la educación está en quien la tiene, y creyendo que D. Cenón no aceptaría el convite.

—Venga, venga—dijo con su poca vergüenza el alfolinero.—¿Cuándo Sevilla no quiso trigo?...

Y en un instante se espetó un par de vasos de los de plata, del concejo, que son á modo de tazas y entre los dos andan cerca de la media azumbre...

Después se acercó á ver la obra y se fué andando por encima de la estacada hasta el medio del río, donde se paró mirando el gran remanso de agua que se había hecho.

Y entonces en un corrillo de mozos... porque la gente joven siempre suele ser más avanzada de ideas, hubo alguno que dijo:

—Lo mejor era ir ahora uno, y al pasar por junto á él, disimuladamente y como que no hacía nada, darle un empujón que cayera en el río de cabeza, que así, embozado como está, no salía, y ya no hacía más daño.

—Sí, sí, era lo mejor—contestaban los otros.

—Eso no, muchachos—les dijo el tío Juan del Campo, que estaba más cerca de ellos y les había oído;—eso no se dice ni en broma. Que le mate Dios, que puede... Aborreciblemente se porta, es cierto, pero eso no nos autoriza á nosotros para hacer una barbaridad. Él dará cuenta á Dios de sus actos, como la tenemos que dar todos.

Estaba anocheciendo y comenzó á llover, lo cual entristeció algo á la gente, porque decían que si crecía mucho el río aquella noche, estando la estacada reciente y sin enarenar, arrancarían con ella y... trabajo perdido.

—Es posible—dijo uno de los ancianos;—pero ¡qué le hemos de hacer! San Antonio la guarde.

A otro día por la mañana los primeros que fueron á ver cómo estaba la obra se encontraron con que el río había crecido, pero no había llevado la estacada, sino que había ensanchado la zanja y todo él había entrado por ella é iba ya por el otro lado.

Sobre la estacada, y como hacia la mitad, se veía un bulto negro... Se acercaron á ver, y era D. Cenón, que estaba allí ahogado, sin tener metida en el agua más que la cabeza.

—¿Se había echado él á ahogar por despecho?—le dije.

—¡Ca! No, señor; no estaba tan aborrecido de la vida.

—¿Pues á qué había ido allí?

—Por lo que se pudo comprender, había ido, en la obscuridad de la noche, con el mal fin de abrir un poco de brecha en medio de la estacada, donde la fuerza del río era mayor, para que el agua comenzara á entrar por allí é hiciera lo demás, es decir, lo llevara todo... Porque, efectivamente, se conocía que había ya quitado algunas piedras y abierto un poco de quebrada, por donde empezaba á salir el agua; y hubiera salido mucha más, á no haber quedado él allí de tapadera.

—¿Y cómo se había ahogado sin caer del todo en el río?

—El cirujano que hizo la anatomía declaró que no había sido ahogado, sino de un ataque cerebral, y lo explicaba diciendo que, por agacharse mucho para quitar las piedras, le había dado el ataque. Pero ¡cuántas veces nos agachamos los demás y no nos pasa eso!... Para mí fué que le mató Dios, en castigo de su maldad y para no dejarle acabar su mala

obra... Porque el que la hace la paga; y él, que había hecho muchas, allí las pagó todas juntas...

Y como las ovejas, andariegas de suyo, se salían ya de entre los árboles y emprendían la cañada hacia el monte, el pastor se despidió de mí cortésmente y se marchó tras del ganado haciendo media.